

ÍNDICE

Prólogo, de Monseñor Joan-Enric Vives	7
Proemio, de Francesc Torralba	11
Diálogo entre culturas. Ficción y posibilidades	
Lluís Duch	15
La plaza es de todos. Convivir en la diversidad	
Vicenç Villatoro	39
El imperativo de la hospitalidad. Ética de la acogida	
Francesc Torralba	63

PRÓLOGO

La diversidad es un don, pero también una tarea. Con este lema, la Cátedra de Pensamiento Cristiano de nuestro obispado celebró el día 6 de julio del 2012 su seminario anual. Intervinieron en él tres profesores, el Dr. Lluís Duch, monje de Montserrat y antropólogo, el Sr. Vicenç Villatoro, escritor y periodista, y el filósofo y teólogo Francesc Torralba, director de la mentada Cátedra desde 2004.

El libro que tengo el placer de prologar recoge las exposiciones que tuvieron lugar en tal evento, todas despertaron un gran interés y fueron especialmente adecuadas para comprender nuestro tiempo. Por este motivo, las publicamos, tanto en lengua catalana (Pagès Editors) como en lengua castellana, tal y como hemos hecho con todas las ediciones de la Cátedra, con el fin de que todos puedan participar y disfrutar de ellas.

Se reflexionó sobre la diversidad cultural, sobre la pluralidad que emerge en el cuerpo social y sobre las condiciones de posibilidad para una buena armonía entre las distintas identidades que configuran el mundo social. Sin negar las

dificultades de comprensión, se hallaron puntos de encuentro y se abordó la diversidad en una clave positiva, como una expresión de la riqueza inherente a la creación. Porque Dios ha creado y continúa recreando continuamente un mundo grande y plural, y como nos dice el libro del Génesis: “Dios vio todo lo que había hecho y era de verdad bueno” (Gn 1, 31).

Desde la antropología cristiana, la persona es constitutivamente un ser social, porque así lo ha deseado Dios al crearla. Por naturaleza, está constitutivamente abierta a los otros y solo en relación con los otros puede crecer integralmente y desarrollar su vocación en el mundo.

La vida en comunidad es una característica natural de la persona, pero no siempre resulta fácil superar las dificultades que supone vivir juntos unos con otros. El reto actual es arduo, pero no imposible: Tenemos que aprender a vivir juntos y a buscar eso que nos une, más allá de las diferencias propias y específicas de cada identidad. Somos seres creados a imagen y semejanza de un Dios trinitario, de un Dios que es comunidad de personas en el amor. Eso significa que estamos hechos para el amor y que fuimos creados por un Dios cuya naturaleza es amar.

Se lee en el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia: “La actuación social lleva en sí misma una señal particular del hombre y de la humanidad, la de una persona que obra en una comunidad de personas: esta señal determina la calificación interior y constituye, en un cierto sentido, su propia naturaleza. Esta característica relacional adquiere, a la luz de la fe, un sentido más profundo y estable. Hecha a imagen y semejanza de Dios y constituida en el universo visible para vivir en sociedad y dominar la tierra, la persona está, pues, desde el principio, llamada a la vida social” (149).

La paz social es posible y necesaria. Es preciso potenciar los vínculos de fraternidad y de respeto a cada identidad; es

pertinente que cada ser humano sea tratado con la dignidad que le corresponde y que pueda desarrollar su vocación y dar lo mejor de sí mismo al mundo. La buena armonía social no se consigue negando las características propias de cada identidad, porque cada identidad tiene derecho a desarrollarse y enriquecer así el mundo con su particularidad.

Como consecuencia de los flujos migratorios, nuestras sociedades han dejado de ser homogéneas, para convertirse, progresivamente, en heterogéneas. Esta novedad no se debe leer, necesariamente, como un problema, sino que también puede interpretarse como una ocasión para aprender mutuamente y ahondar en los vínculos de la familia humana, en lo que nos une a todos los seres humanos más allá de nuestras diferencias de género, raza u opción cultural.

En el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia puede leerse: “La sociabilidad humana no es uniforme, sino que asume múltiples expresiones. El bien común depende, en efecto, de un sano pluralismo social. Las múltiples sociedades están llamadas a constituir un tejido unitario y armónico, dentro del cual cada uno pueda conservar y desarrollar su propia fisonomía y autonomía” (151).

La diversidad es, en sí misma, bella, y es una expresión de la riqueza infinita del Creador. Es necesario que tengamos presente que la armonía y la unidad de los pueblos y de las sociedades requiere un trabajo que nos corresponde a todos y que para hacerla posible tenemos que superar todo tipo de prejuicios, de tópicos y de resentimientos históricos. Tenemos que ver aquello que hay de bello y de valioso en los otros y saberlo gozar y celebrar. El beato Juan XXIII, el autor de la *Pacem in terris*, nos estimula con sus palabras y actitudes a dialogar y a comprender que siempre es más fuerte lo que nos une que lo que nos separa y que es fundamental buscar siempre la unidad y el respeto.

Este pequeño libro constituye una aportación en el campo de la reflexión. No aporta soluciones inmediatas, ni respuestas directas, pero nos ayuda a pensar cuáles son los signos de nuestro tiempo y a potenciar mejores actitudes, para que vivir en paz y armonía no sea una utopía de futuro, sino una realidad de todos los días.

Mons. Joan-Enric VIVES I SICÍLIA
Arzobispo de Urgell y Copríncipe de Andorra

PROEMIO

La diversidad es un don; pero también un reto. Vivir armónicamente en un contexto caracterizado por la pluralidad exige un largo y profundo aprendizaje. Sobre esta cuestión ha querido centrar la reflexión el noveno seminario de la Cátedra de Pensamiento Cristiano celebrado en Sant Julià de Lòria (Principado de Andorra) el día 6 de julio de 2012. En este libro se reúnen las exposiciones de los tres ponentes de la citada edición: Dr. Lluís Duch, Sr. Vicenç Villatoro y un servidor.

La convivencia pacífica no es una casualidad ni un regalo; es una conquista. Es el fruto del esfuerzo de la sociedad civil y del talento compartido. Es un estado de tranquilidad psicológica, social, emocional y espiritual que depende de múltiples y variables factores.

La paz social no depende solamente de una única dimensión y en el momento de pensarla, hay que hacerlo en diálogo entre dos mundos: el mundo de la academia y el de la sociedad civil responsablemente organizada y comprome-

tida. Esto es lo que, año tras año, pretendemos hacer desde la Cátedra de Pensamiento Cristiano. La resultante de esta suma es una reflexión densa y madura, compartida a través de múltiples diálogos, que no caen en la abstracción teórica, pero tampoco en la anécdota, que evitan tanto el idealismo ingenuo como el derrotismo sistemático de la mirada del sabio.

En el momento de construir la convivencia pacífica en el mundo, entendemos que una buena teoría es el mejor fundamento de una buena praxis, pero también pensamos que la praxis es el único modo de poder forjar una teoría que tenga sentido de realidad. La novedad, pues, está en hacer coincidir dos colectivos que, sistemáticamente, están alejados: el teórico y el práctico. Ello exige un trabajo de lenguaje y de mutua comprensión que solo es posible si ambos colectivos se dan cuenta de que ninguno de ellos es autosuficiente y que ambos se necesitan. La Cátedra pretende ser este lugar de encuentro.

Cuando se piensa cómo edificar la convivencia pacífica en el mundo hay que repensar la idea de identidad. Entendemos que muchos conflictos bélicos en el mundo son causa de una lucha entre identidades culturales, sociales, étnicas, religiosas o lingüísticas. Hay, ciertamente, identidades que matan. Por esto entendemos que hay que reformular el concepto de identidad e innovarlo. Proponemos una idea de identidad porosa, receptiva y permeable, que no plantea la relación con la otra identidad en términos de exclusión, sino que suma e integra, acoge y alberga.

La buena armonía social depende también de la lucha por la justicia social. Consideramos que no es posible la paz entre distintas entidades, si no hay justicia en el mundo. Mientras haya injusticia, no importa de qué orden, en el mundo habrá inestabilidad, conflicto, tensión y formas de resentimiento que, tarde o temprano, explotarán de forma violenta. La justicia, el reconocimiento de derechos, la equidad en las

oportunidades, el respeto a las personas y a las identidades colectivas, especialmente a los grupos más vulnerables de la sociedad, es una exigencia fundamental para pacificar el mundo. El trabajo por la justicia ya es un trabajo a favor de la paz, aunque la paz también depende de otras variables como pueden ser la administración de la memoria histórica, el ejercicio del perdón y la transformación de la noción de identidad.

La convivencia pacífica en la diversidad exige la participación activa de los medios de comunicación. Los mass media sociales son la ventana del mundo, a cuyo través se nos presenta lo que pasa en el mundo, tanto en el espacio cercano, como lo que sucede en las antípodas. El ciudadano se forja un criterio a partir del relato que se le presenta y, en consecuencia, elabora un juicio moral y una valoración.

La presentación de los medios es, pues, decisiva, porque el ciudadano desconoce, de primera mano, las otras identidades. Frente a esto, hay que exigir a los medios transparencia, fidelidad a los hechos, capacidad para narrar lo positivo y negativo que acontece y también un compromiso activo a favor de la paz. Sin embargo, este trabajo de descripción de los hechos y también de compromiso activo por la pacificación puede comportar algún dilema ético de difícil resolución.

Entendemos que la democracia, por sí misma, no garantiza la convivencia en paz, pero es un sistema que, debidamente transformado y mejorado, permite el desarrollo de la libertad de pensamiento, de expresión, de asociación y de creencias que son piezas fundamentales para el bienestar social y la generación de paz.

En definitiva, la pacificación del mundo depende de la justicia social, de la cohesión interna de la sociedad, de la gestión de la memoria colectiva, de la percepción de la propia identidad y de la identidad del otro, del trabajo de los medios de comunicación de masas, de todos los ciudadanos,

desde el que tiene máximas responsabilidades políticas, hasta el que se mueve en el terreno del anonimato.

Todo ser humano está llamado a ser un agente de paz, un pequeño edificador de paz, y lo puede ser en la medida en que toma conciencia de su fuerza espiritual y del poder que tiene su palabra, su acción y su producción en el mundo.

Este libro que presentamos puede ser un instrumento útil para reflexionar sobre lo uno y lo múltiple y la relación entre diferentes identidades con espíritu de convivencia.

Francesc TORRALBA